

I. INTRODUCCIÓN: Contextualización y caracterización del objeto de estudio

“Pero es posible que los bancos se caigan tan rápido, si ellos se quedaron con el 100% de los ahorros de la gente, si las personas que presentaron recurso de amparo son un 10% o a lo sumo un 15%, si en lo que va del año podrán haber salido un 1% de amparos favorables y creo que estoy exagerando, como es posible que con esa ínfima cantidad ya los bancos no tengan un centavo en sus tesoros, donde está el dinero. O será que se están aprovechando de un gobierno débil sin capacidad de respuesta y falta de inteligencia para manejar la situación. Es lo que nos está demostrando ya que una deuda privada entre los bancos y ahorristas, la terminará transformando en una deuda pública que vamos a pagar entre todos los ciudadanos, eso sí, excepto los bancos” (La Gazeta del Ahorrista, N° 3, 22 de Abril de 2002).

Hay que situar el interés que mueve la realización de este estudio: caracterizar al actor-sujeto del “movimiento ahorrista”. Para ello hay que centrarse en las grandes movilizaciones sociales de diciembre de 2001 que tuvieron lugar en Argentina, y en las que se puso fin a la gestión del entonces presidente Fernando De la Rúa. En diciembre de 2001, la crisis argentina emerge a partir del colapso del régimen cambiario de convertibilidad. Dicho régimen presentaba las siguientes características: 1) severa desorganización de la economía; 2) depreciación de la moneda nacional de más del 70% en tres meses; 3) incremento de la inflación y el desempleo; 4) incapacidad del sistema bancario para cumplir sus obligaciones con los depositantes y acreedores externos; 5) caída estimada entre un 10% y un 15% en el Producto Bruto Interno (PBI) para el año 2002; 6) severas demostraciones de descontento no sólo de los desempleados y clases populares sino también de la clase media furiosa por la incapacidad de los bancos para respetar sus depósitos, y 7) tres sucesiones presidenciales después del mes de diciembre de 2001, cuando estalla la crisis y renuncia el presidente Fernando de la Rúa. Pero desde una perspectiva internacional, la crisis argentina se enmarca dentro de una serie de crisis que comenzaron en la década de los años '90 y principios de 2000, en el mundo en vías de desarrollo: la crisis mexicana en 1994 y 1995, la crisis asiática en 1997 y 1998, la crisis rusa en 1998, la crisis brasileña en 1999, la crisis turca en el 2000, y por último, la

crisis argentina. En general, las crisis cambiarias y financieras son frecuentes e intensas y, en muchos casos, suelen propagarse hacia otros países.

Cuando uno dice hoy que es argentino el comentario instantáneo de cualquier interlocutor es “qué pena... ¿cómo fue posible que un país tan rico, con recursos naturales y económicos, hoy esté tan mal?” Esta insistencia en que la Argentina es un país rico no deja de constituir una definición escolar de país y riqueza¹. Un enunciado que ha sido el supuesto básico de comprensión de la realidad social al haber sido el Estado-Nación la plausibilidad histórica de la sociedad y del individuo, dada su capacidad de condensación de la vida social². Así respecto al Estado-Nación Argentino hay que destacar que se institucionalizó a partir de 1853, consolidándose como Estado de derecho hasta el derrocamiento del presidente Yrigoyen en 1930. Este derrocamiento abrió el ciclo de golpes/transiciones democráticas/nuevos golpes, y que se prolongó hasta 1983, iniciándose, entonces, el proceso de desinstitucionalización del Estado de derecho y su reemplazo por circunstanciales administraciones.³

La cuestión -¿cómo fue posible que un país tan rico, hoy esté tan mal?- sintetiza el hecho de que, en la modernidad, la conciencia de los individuos ha dejado de cubrir completamente el ser social como ocurría en las sociedades tradicionales, pues la red de relaciones y el entramado institucional, la creciente facticidad social y paralelo extrañamiento hacen las sociedades relativamente opacas. Opacidad que constituye el a priori de la ciencia social, ya que el convencimiento de la opacidad del presente y de la naturaleza misma de la historia, entre cuyos rasgos característicos no parece encontrarse la transparencia, explica el nacimiento de la Ciencia Social⁴. Ciencia que es el modo de recobrar el ser social, la facticidad social perdida, ignorada, el modo de recuperar la autoconciencia social -la reflexividad sociológica- y que ésta sea, de nuevo, igual al ser⁵. De modo que nuestra tarea, argumenta Lamo de Espinosa (2003: 41), “no es describir el mundo, sino hacer lo que de verdad hacemos: llevar luz a los actores, hacer algo más transparente nuestro orden social para que los actores (es decir, nosotros

¹ Según el The New York Times (8 de Febrero de 2002) la pregunta que hoy se hacen los argentinos es: “¿cómo se pudo llegar a esto? ¿cómo pudo arreglárselas un país, cuyo nombre significa dinero en latín (sic) y cuya elegante capital está situada frente al Río de la Plata, para llegar a la quiebra?”.

² Pérez-Agote (2002).

³ Delich (2002); Lobato y Suriano (2003); Gabetta (2003); Lewkowicz (2002).

⁴ Cruz (2002); Bourdieu (2003).

⁵ Lamo de Espinosa (1996).

mismos) podamos actuar con menor ignorancia. No describimos el mundo, como mucho hacemos mapas para ayudar, modestamente, a no perdernos”, y siempre que en estos mapas se incluya datos sobre dimensiones estructurales de los procesos sociales.

1.1. Contingencia y capitalismo financiero

La pregunta -¿Cómo fue posible que un país tan rico hoy esté tan mal?- sintetiza como ninguna los alcances de la crisis argentina y refleja la insistencia postmoderna en el carácter contingente de todos los fenómenos sociales, y en la era de la contingencia, Argentina deviene contingente, a causa de que en la Argentina de la década de los noventa los flujos de capital tuvieron un rol crucial en la dinámica macroeconómica a través de sus impactos en las tasas de interés, en la liquidez interna y en el gasto agregado. Y es que bajo el marco de la convertibilidad había una relación estrecha entre las fluctuaciones de los flujos de capital y el ciclo interno de la actividad económica⁶.

Para Lhumann (1997) lo característico del orden postmoderno o era de la contingencia es la aceptación crecientemente formal y retórica de la reflexividad. Esto se observa claramente en Giddens (1993) para quien la postmodernidad capta la naturaleza reflexiva de la vida global moderna; una naturaleza en la que la agencia aparece como consciente, poderosa, creativa y libre. Como ejemplo tenemos, según Zibechi (2003: 192), los sucesos argentinos de diciembre de 2001. En estos sucesos “la comunidad se expresa, se autoafirma, dice aquí estamos. Es el instituyente el que se autoconvoca y se niega a convertirse en instituido. Por eso la consigna ‘que se vayan todos’. No es una consigna hacia afuera, como se ha querido ver e instrumentar, sino hacia adentro. No llama a que se vayan los gobernantes, los legisladores y los representantes en general, aunque de paso, no vendría nada mal; es otra cosa, va en otra dirección. Dice que la comunidad no quiere ser representada; ni siquiera interpretada, por lo menos por los interpretadores de siempre; o sea, los representantes. ‘Que se vayan todos’ es como decir basta de tutelas, es un llamado como el sonido del candombe, que no llama a los esclavistas sino a los esclavos a encontrarse; es la

⁶ En este contexto institucional, los cambios en las condiciones internacionales de liquidez y acceso a crédito tenían un impacto inmediato sobre las tasas de interés internas, las provisiones de dinero y crédito, y en consecuencia, en el desempeño macroeconómico de corto plazo. Véase Frenkel (2002).

autoconvocatoria. No para sino por. No para hacer algo, para una acción determinada y externa sino por afirmar y reafirmar”.

Tal descripción de la agencia parece que nos remite al final de la tensión existente en torno al dilema estructura/acción, y que implica que la organización de la acción colectiva y la conformación de actores sociales se hace menos en términos de la posición estructural de los individuos y grupos y más en términos de ejes de sentido de esa acción⁷. Este predominio del actor sobre la estructura no deja espacio para conceptos sociológicos intermedios, en particular para las categorías que describen relaciones entre actos y situaciones sociales. Es en este nivel intermedio, de mediación entre lo micro y lo macro, donde debe situarse la explicación de nuestro objeto de estudio: “el movimiento de los ahorristas”. Movimiento que hay que explicar a partir de las transformaciones y de las relaciones sociales que se imponen en la Argentina de los últimos treinta años. Un período en el que “el neo-liberalismo y los llamados ‘nuevos autoritarismos’, básicamente militares, identificaron su propio proyecto histórico con la modernidad. Las transiciones democráticas de los últimos años rectificaron sólo la dimensión política dándole un sello democrático. El éxito aparente de las reformas económicas con la ilusión del crecimiento económico acelerado, hicieron que en un momento donde en todo el mundo se cuestionaba el modelo de modernidad occidental predominante en los dos últimos siglos, las elites latinoamericanas parecían recién descubrirlo y encantarse con él” (Garretón, 2001: 32).

Con el cuestionamiento de la modernidad surgió la visión denominada postmoderna. Con el uso del prefijo post se quiere dar a entender que estamos más allá de las sociedades modernas. Concretamente, ante un cambio nuevo e imprevisto que supone una segunda modernización, una modernización de la modernidad⁸ y, por tanto, una modernización que hace de la noción de reflexividad el contenido positivo de lo post. Noción utilizada para marcar el fin de una época social y de su modelización en el

⁷ Laraña (1999); Tejerina (2002).

⁸ Aguilar y Giner (2003: 561) plantean que no hay que confundir modernidad y modernización: “el primero de estos términos designa una época histórica, aquella que ve surgir, inicialmente en Europa, un conjunto de valores secularizados que priman la autonomía del individuo y el control colectivo de los entornos, también los sociales, y su despliegue en mecanismos institucionales para organizar la convivencia colectiva congruentes con esos valores. Sobre este transfondo, “modernización” es, en cambio, el conjunto de transformaciones sociales que nos permiten pensar que una sociedad “premoderna” o “tradicional” experimente la mudanza de escala que exigen los valores y creencias de la modernidad cuando se ponen en práctica o se realizan”.

pensamiento, pretendiendo señalar con el prefijo post que no únicamente hay una nueva realidad a pensar sino, sobre todo, que es necesario pensarla de otro modo. Pero ¿cómo? Precisamente en torno al eje de sentido de la acción. Un ejemplo, como bien observa Lewkowicz (2002: 214 y 230), en referencia a los sucesos diciembre del 2001, circulan una serie de artículos doctrinarios. Son escritos “de diversa procedencia ideológica. Unos toninegristas, otros badiouistas, otros libertarios, feministas o antiglobales. Todos son distintos. Pero todos son iguales: juegan desde un espacio ideológico o categorial preconstituido. Así, encuentran la ocasión para decir lo de siempre, pero esta vez en torno al cacerolazo, la asamblea o piquete. A eso lo llaman curiosamente concreto, y hasta situacional. La multitud apareció; el pueblo resistió como contrapoder; se tejieron nuevos lazos sociales; hubo acontecimiento; lo personal es político, no hubo líderes; los signos femeninos del hogar se impusieron sobre todos. La masa de siempre, ahora estirada como hojaldre hasta llegar a cubrir el rincón en que aparece el punto de subjetivación”. Subjetivación que “no se comprende bien según los hábitos de la subjetividad instituida. En este caso, los caminos subjetivos del piquete, la asamblea, la cacerola, obliga a abandonar la subjetividad instituida por los métodos y teorías sociales. Colorario: no es posible comprender un movimiento de subjetivación sin un movimiento de subjetivación del interesado en comprender. Pero entonces, si se da este movimiento de asunción subjetiva de la subjetivación en curso, lo que ocurre no es precisamente comprensión. Una vez asumido el carácter subjetivo de lo que ocurre, poco vale disponerse a comprender”.

Pero ¿pensar la realidad social desde el eje de sentido de la acción, es romper, necesariamente, con el marco de referencia de las sociedades nacionales? Sociedades que habían sido “el ‘objeto’ privilegiado de la sociología: hacia arriba en civilizaciones o sistema-mundo; pero también hacia abajo en culturas, estilos de vida y actores. De hecho, las tendencias extremas de esa dinámica teórica son ya bien evidentes. De una parte, un marco mundial sin sujetos: el mundo como pura red. Y, de otra, sujetos sin marco: actores racionales, el individuo descarnado, abstracto. En todo caso, se problematiza lo que se daba por presupuesto: una teoría lineal de la modernización que, desde los centros universalistas (los Estados-Nación), se extiende y expande progresivamente sobre la barbarie localista y particularista” (Lamo de Espinosa, 1996: 47); tal y como caracterizó la modernización el enfoque estructural-funcional. Dicho enfoque propuso una evolución lineal. Esta propuesta ha generado una reacción que

plantea una evolución multilínea en torno a tres nociones: “la primera, que las ideas de la modernidad se despliegan en varios modelos alternativos –y aun hostiles- de formas de organización social, por lo que puede afirmarse que no hay una modernización sino varias. (...) La segunda, que la evolución no es direccional. Aunque tampoco aleatoria pues exhibe una dinámica o impulso dominante al que las diversas sociedades reales se adaptan o procuran hacerlo en función de sus tradiciones, herencia cultural y estructura social acumulada de las que disponen. (...) Tercera, que si bien los factores estructurales son decisivos para explicar el trayecto evolutivo de las comunidades humanas, conforme éste se define cada vez cobran mayor importancia la agencia humana (las decisiones de las gentes) y el conflicto social como factores que orientan el trayecto, factores que, por definición, son especialmente imprevisibles. Por ello, el conjunto de la evolución de las comunidades humanas es, a partir de un momento dado, un proceso hecho de subprocesos fundamentalmente indeterminados” (Aguilar y Giner, 2003: 574).

Si nos atenemos a la tesis de Aguilar y Giner la evolución de las comunidades humanas transcurre sobre un régimen de contingencia continua, hacia una red de sociedades interdependientes que, juntas, cubren todo el globo. Dicha interpenetración está ligado, en la actualidad, con la dominación del capital financiero. ¿En qué consiste la dominación del capital financiero? Lewkowicz (2003: 237) responde que “a diferencia de los poderes de cuño estatal, que dominan fijando, prescribiendo los cuerpos a los lugares, las tareas o los discursos, el capital financiero condiciona escapándose. En caso de no hallar condiciones adecuadas para la ganancia máxima, se retira hacia otro punto de su tablero global. Su efecto es la sequía de capitales. La figura de la exclusión varía según la configuración histórica. El Estado-nación excluye recluyendo; el capital financiero se desengancha de los términos que no colaboran en su infinita valorización. Los desenganchados, sin tratamiento institucional destinado a normalizarlos o reciclarlos, quedan fuera de juego, sin lugar de expulsión preciso”.

La dominación financiera refleja y caracteriza el orden social emergente del capitalismo tardío, y que constituye la nueva fase intensiva de mercantilización que se profundiza en el capitalismo de finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, y que se articula como un nuevo régimen que se conoce como postfordismo, como acumulación flexible o como capitalismo desorganizado. Y es que, como argumentan Aguilar y Giner (2003: 565), “la modernización fue (...) al menos inicialmente, un proceso

histórico que surgió en el paralelo y en acomodación o tensión con el capitalismo. Capitalismo y modernización se hallan vinculados el uno con el otro históricamente, más no son la misma cosa. La modernización es más bien un compendio específico de mudanzas interdependientes que han conducido al mundo de hoy”. Mudanzas cuyo eje dominante es el capitalismo, y que explica las continuas reestructuraciones industriales que puntúan la modernidad y a la denominada posmodernidad. De hecho en las últimas décadas del siglo XX hemos asistido a una reestructuración industrial muy fuerte y en que las líneas de coherencia productiva pasan a situarse a nivel internacional, y en el que las reglas de juego las ponen las nuevas empresas-red de características transnacionales que se incrustan en el territorio, sobrepasando la clásica idea del Estado-nación y estableciendo nuevas características de vinculación de lo local con lo global⁹. Dentro de esta reestructuración se asiste, paralelamente, a una reconstrucción de los discursos gerenciales postmodernos que presentan “un panorama de máxima racionalidad de un mercado que sin la mínima intervención debe penetrar hasta los actos más mínimos de las empresas y las personas” (Alonso, 2002: 477). Esta apelación a la racionalidad del mercado ha supuesto una real dominación simbólica que hace cooperar a los dominados a la reproducción de la dominación. Esto sólo es posible por parte del poder que los dominados agregan a la que los dominantes ejercen directamente sobre ellos¹⁰. Por ejemplo Stiglitz (2002: 161) efectúa el siguiente comentario: “la idea de que Argentina tocaría el cielo con las manos manteniéndose atada al dólar fue una política tonta. Y lo era evidentemente desde el comienzo (...) Un aspecto interesante de esta situación en términos de economía política es que tanto el FMI como otras entidades que actuaron en la Argentina fueron muy exitosos en su tarea de convencer a la población sobre la conveniencia de esa política. Así fue como entre 1999 y 2001, el apoyo popular a la política de mantener el peso pegado al dólar fue muy fuerte. Esta convicción, de alguna manera, ataba las manos del gobierno. En ese momento, las encuestas decían que entre un 50 y un 70% de la gente quería mantener la paridad con el dólar. Eso significaba que el margen de discrecionalidad del gobierno era reducido; se hubiera requerido una acción muy fuerte y un extraordinario nivel de persuasión para cambiar la política”.

⁹ Alonso (2002), Taylor y Flint (2002).

¹⁰ Bourdieu (1991; 2003); Gledhill (2000).

La racionalidad de mercado es inherente a los procesos de ajuste estructural de las últimas décadas del siglo XX y que trajeron consigo una estructura de clases profundamente modificada así como un conjunto de identidades colectivas e individuales profundamente modificadas¹¹. Identidades alteradas en tanto que el pacto keynesiano-fordista articulaba dos modalidades de configuración de las identidades sociales: las identidades nacionales-estatales y las identidades vinculadas al desarrollo de los roles profesionales. Con la crisis del pacto fordista se produjo una crisis de las identidades citadas, construidas en el marco del consumo de masas, y como consecuencia del desplazamiento del trabajo como espacio central de construcción de las identidades sociales y de los propios procesos de cambio en los modelos de consumo en el sentido de que, tanto en el trabajo como en el consumo, la fugacidad, la volatilidad, la incertidumbre se ha instalado en el corazón de las relaciones de los sujetos con el trabajo y con los objetos del consumo¹². En América Latina la crisis del pacto fordista supuso la crisis del modelo de “desarrollo hacia adentro”, industrialización con rol dirigente del Estado, y su reemplazo por fórmulas que priorizan el papel del sector privado y buscan insertarse en la economía globalizada y dominada por las fuerzas transnacionales del mercado. Las consecuencias de las privatizaciones y la disminución del gasto público ha sido “la transformación de la estructura social, con el aumento de la pobreza y la marginalidad y la precariedad creciente de los sistemas laborales” (Garretón, 2001: 22).

Por otra parte la transformación de los procesos de configuración de las identidades las han mutado en “homo oeconomicus”, acordes con el renovado culto a la economía del mercado y a la capacidad competitiva, y que generó un código moral basado en el éxito. Este código rechaza todo aquello que no puede adaptarse a las reglas de la competencia y sus desarrollos simbólicos, y que ha generado el quebrantamiento de lo social, y de la propia identidad. Como afirma el Colectivo Situaciones (2003: 32), “en las actuales condiciones de mercado –en ausencia de un centro totalizador de sentidos para cada una de las prácticas sociales–, son los flujos macroeconómicos los que toman a su cargo la producción de la subjetividad dominante. La subjetividad de mercado es constituida por los hábitos de consumo y las operaciones de pensamiento que nos sirven para transitar la actual sociedad neoliberal: por las formas de sociabilidad

¹¹ Lash (1997); Beck (1998).

¹² Conde y Alonso (2002).

y los valores que se desprenden espontáneamente de las nuevas condiciones y por los modos de adecuación a un suelo inestable y fluido, a la incertidumbre y la impresibilidad económica y política. Estas formas subjetivas se denominan con diversos calificativos: ‘de mercado’, ‘posmodernas’ o ‘posfordistas’”. Formas subjetivas que se destacan en el horizonte de una nueva legitimidad centrada en los mecanismos de mercado, reemplazándose la propia idea de sociedad por la de mercado y la de identidad social por la de identidad personal vinculada al dominio de competencias, a efectos de lograr, por ejemplo, un nuevo compromiso entre un mundo organizado más flexible por parte de la dirección de la empresa y una demanda de lealtad e implicación con la empresa por parte de los trabajadores¹³. Y es que como han señalado Boltanski y Chiapello (2002) el propio concepto de espíritu del capitalismo esta basado en la solicitud a la participación de los asalariados en el proceso de producción, aunque el capitalismo se encuentra sin descanso tentado de destruir el espíritu que utiliza, ya que no puede serle útil más que obstaculizándolo.

Un capitalismo que pone de manifiesto como las clases gobernantes se han dado cuenta “de que la sociedad actual no es algo pétreo e incommovible sino un organismo susceptible de cambios y sujeto a un proceso constante de transformación” (Marx, 1970: XVI). Un organismo que en la actual coyuntura histórica afirma la superioridad de la flexibilidad y de la cultura mercantil. La propia flexibilidad adquiere el sentido de caracterizar el período transicional entre dos fases del capitalismo en el que las formas anteriores de lo económico se están reestructurando a escala global. Incluidas las antiguas formas de trabajo y sus instituciones y conceptos organizativos tradicionales¹⁴, y ello a causa de la presión que ejercen los capitales sobre las empresas. Al respecto Basualdo (2000: 12-13) plantea que desde mediados de la década de los 70 la concentración de la producción y la concentración del capital son fenómenos persistentes y dinámicos en la economía argentina. Sin embargo “a pesar de su importancia, estos fenómenos no son los únicos sino que hay otro que los precede e impulsa y está en relación directa con la interrupción del patrón de industrialización sustitutiva que estuvo vigente hasta mediados de la década de los años 70. Se trata del predominio que ejerce la valorización financiera como eje ordenador de las relaciones económicas. Por cierto, la misma no alude únicamente a la importancia que adquiere el

¹³ Serrano y Crespo (2002).

¹⁴ Jameson (1999).

sector financiero en la asignación del excedente sino a un proceso más abarcativo que revoluciona el comportamiento microeconómico de las grandes firmas y consiste en la inusitada importancia que adquiere en ellas la colocación de excedente en una amplia gama de activos financieros (títulos, bonos, depósitos, etc.), tanto en el mercado interno como en el internacional. (...) Una de las manifestaciones de la valorización financiera consiste en la notable importancia relativa que adquieren los activos financieros respecto de los activos físicos en las grandes firmas, aun en las que son oligopólicas en la producción industrial”.

1.2. El menemismo

El ascenso del menemismo significó el tiempo de la profundización del ajuste iniciado en 1975, el de las privatizaciones salvajes, la corrupción en gran escala, la farándula política y la difusión de valores acordes con ella¹⁵. En este contexto es la propia idea de mercado la que se consume con inmensa gratificación; por así decirlo, un bono o superávit del proceso de mercantilización¹⁶, y que generó eslogans de moda, como el “consenso de Washington”, “ajuste”, “reestructuración”, “desintegración vertical”. Un “alumno estrella” de estos eslogans fue, como señala Stiglitz (2002: 157-158), Argentina: “obviamente, hay muchas interpretaciones acerca de qué fue lo que no funcionó con el alumno estrella. Hasta que la Argentina perdió ese status, su performance era elogiada constantemente. De hecho, una de las razones por las que la deuda argentina creció tanto fue que el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la banca internacional sostenían que el país era un buen terreno donde asentarse y, por lo tanto, prestaron dinero en términos más que atractivos. Y la Argentina, por supuesto, tomó esos créditos. Aun así, e incluso hacia el final del período, la relación deuda/Producto Bruto Interno (PBI) en la Argentina era sólo del 45%. En contraste, esa misma relación en Japón es de alrededor del 130%, y en Bélgica es de más del 100%. De modo que la Argentina no fue el país más licencioso del mundo, que es la impresión que uno tiene si escucha el discurso del FMI”.

¹⁵ Zibechi (2003); Garretón (2001).

¹⁶ Jameson (1996).

Eslogans que establecían una especie de buen sentido económico y empresarial que debían de ser aceptados de forma global, es decir, los problemas económicos y empresariales se resuelven dentro de un capitalismo global, siempre que se apliquen las siguientes recetas: abrir los mercados, privatizar las empresas públicas, desregular el funcionamiento de los sectores productivos, redimensionar las empresas y que se agregan a procesos tales como la deslocalización de la producción y la aparición de nuevos sistemas de organización del trabajo. Procesos que han contribuido a la creación de una nueva sociedad que se basa más en mayas de flujos codificados de un conocimiento erigido en sistema regidor de las conductas que en apelación alguna al poder transformador de la voluntad colectiva. Sociedad, definida como sociedad-red¹⁷ o mundo conexionista¹⁸, y que implica la aceptación de una fuerte desinstitucionalización y desprotección de los derechos sociales y cívicos y, por ello, una fuerte invisibilización y capilarización de las fuentes de poder real¹⁹. Un mundo conexionista que se orienta “en dos direcciones opuestas. Por un lado, apunta hacia una temática de la acción sin sujeto donde el único ser que cuenta es la red en la que cuanto ocurre es del orden anónimo del ser, de la autoorganización (...), por otro lado, se desliza hacia un neopersonalismo que pone el acento, no ya sobre el sistema, sino sobre los seres humanos que buscan un sentido” (Boltanski y Chiapello, 2002: 175).

La cuestión estriba en determinar si, más allá de las transiciones democráticas o del paso a un modelo económico basado en las fuerzas de mercado transnacionalizado, se asiste o no a la emergencia de un nuevo tipo societal, es decir, de una nueva matriz socio-política²⁰, a consecuencia de que, como señala Frenkel (2002: 32-33), “a principios de los años ’90, Argentina adoptó un vasto programa de reforma económica. Además de la convertibilidad, este programa incluyó una masiva privatización de los servicios públicos, una liberalización comercial y financiera, un mismo tratamiento a los capitales locales y externos, y por último, la desregulación del mercado interno. Inicialmente, una drástica baja en la inflación y un rápido crecimiento económico parecieron probar que esa combinación era correcta. Otras reformas, como la autonomía del Banco Central y la reorganización del sistema de jubilaciones y pensiones, se

¹⁷ Castells (2000).

¹⁸ Boltanski y Chiapello (2002).

¹⁹ Conde y Alonso (2002).

²⁰ Garretón (2001).

implementaron más tarde como medidas adicionales para consolidar el contexto institucional del nuevo régimen macroeconómico”.

Este vasto programa de reforma no disminuyó el poder económico concentrado, éste cambió de forma, de alianzas, de acuerdos tecnológicos y financieros a corto y largo plazo –entre las mismas empresas, con los gobiernos a todos los niveles y con legiones de pequeñas empresas (aunque no siempre es así) que actúan como proveedores y subcontratistas-. Cabe señalar, al respecto, las profundas modificaciones que se registraron en la economía argentina durante las últimas décadas del siglo XX, y que “dieron lugar a una modificación drástica de la situación imperante hasta el momento, afectando incluso la composición y el comportamiento de la cúpula empresarial. De allí en adelante, la posición dominante es ejercida, principalmente, por conglomerados extranjeros y un conjunto de grupos económicos locales. En ambos casos, se trata de capitales que están insertos en una multiplicidad de actividades, donde sus firmas controladas y/o vinculadas ejercen un poder oligopólico y su desempeño se encuentra crecientemente independizado del resto de la economía, tanto por la índole de los mercados que actúan, como por la internacionalización financiera que concretan los grupos económicos mediante la transferencia de recursos locales al exterior” (Basualdo, 2000: 43). De hecho desde la dictadura militar en adelante, el comportamiento económico de la cúpula empresarial argentina adopta “una serie de características que, con distinta significación según los períodos, están presentes a lo largo de las últimas décadas: la transferencia de recursos estatales y de los activos públicos hacia el capital concentrado interno; la obtención de ganancias extraordinarias vinculadas a su poder oligopólico en la producción de bienes y la prestación de servicios; la exportación de productos vinculados a las ventajas comparativas naturales y la realización en el mercado interno de aquellos bienes demandados por los sectores de altos ingresos; la valorización financiera vinculada al vertiginoso endeudamiento externo, que deviene un factor decisivo de la consolidación del capital concentrado a lo largo de ambas décadas. De esta manera, el proceso de acumulación no requiere la expansión del consumo de los asalariados, pero además, su afianzamiento trae aparejadas no sólo la redefinición del Estado, sino también una notable ‘desindustrialización’ que se expresa en la caída de la importancia relativa de esta actividad y en una generalizada reducción del grado de integración nacional”.

En estas condiciones Basualdo (2002: 44) concluye que la principal línea de contradicción es, aunque no se exprese en el sistema político, la que se establece “entre el capital concentrado y el trabajo, porque el proceso de acumulación dominante requiere disminuir los salarios reales y concentrar el ingreso para garantizar la posibilidad de incrementar las exportaciones de productos primarios, aumentar la producción de los bienes demandados por los sectores de altos ingresos y expandir la valorización financiera, tanto como lo permite el crecimiento del endeudamiento externo. En otras palabras, disueltas las condiciones estructurales que dan lugar, durante la industrialización sustitutiva, a la alianza entre los sectores nacionales, el salario pierde cada vez más trascendencia como un factor de la demanda, incidiendo estructuralmente, sobre todo, como un costo de producción que es necesario reducir para garantizar la reproducción ampliada del capital concentrado”.

Bajo este contexto de amplias y agudas contradicciones en esta investigación nos hacemos la pregunta siguiente: considerar si el sentido de las movilizaciones de fines del 2001 tienen que ver con la implantación del modelo neoliberal que la retórica y práctica neoliberal ha erigido como modelo universal. Un modelo que ha construido un submodelo laboral dominado por combinaciones de alto desempleo, precariedad laboral y aumento de las desigualdades. Un submodelo en el que la desocupación, que en el capitalismo clásico es coyuntural, quedó instalada como un rasgo estructural del modelo neoliberal. Los desocupados fueron percibiendo que las privatizaciones y el cierre de fábricas eran irreversibles y, por lo tanto, que no podían albergar esperanzas de conseguir un empleo estable con acceso a la seguridad social. En el futuro, sólo tendrían changas, empleos informales y de corta duración, sin acceso a los beneficios que podían esperar los trabajadores en ese período del Estado benefactor, o bien perpetuarse como desocupados. En esta franja ingresaron primero los obreros no calificados, los jóvenes en busca de su primer empleo y las mujeres, pero luego también quienes podían considerar que tenían trabajo “seguro, en particular sectores de las clases medias” (Zibechi, 2003: 121).

Este modelo debe alguna de sus características al hecho de estar inmerso en un sistema de creencias y de valores y una visión moral del mundo; sistema que constituye un sentido común económico ligado, como tal, a las estructuras sociales y a las estructuras cognitivas de un orden social particular: los Estados Unidos de América. A

partir de este hecho, Bourdieu (2001) afirma que el modelo de la política económica que se ejerce en todas partes universaliza el caso particular de la economía norteamericana, dándole de esta forma una enorme ventaja competitiva, práctica y simbólica, ya que justifica que exista como existe. Bradford DeLong (2003: 2) se pregunta, “¿por qué no liberar el flujo de capital y estimular así los créditos a gran escala de los ricos a los pobres? (...) Lo cierto era que ese tipo de créditos a gran escala habían desempeñado antes un papel esencial en el desarrollo. Canadá, los Estados del oeste de Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Chile, Argentina, Uruguay y Suráfrica, todos ellos se desarrollaron gracias a la importación de capital a finales del siglo XIX. Pero esta vez las cosas no salieron así. En lugar de fluir el capital de los ricos hacia los pobres, fue de los pobres a los ricos, la mayor parte de él a Estados Unidos, cuyo índice de entrada de capitales ahora mayor que jamás haya tenido un país en ningún momento de la historia. La economía estadounidense pasó a ser –y sigue siendo- una gigantesca aspiradora que absorbe todo el capital de inversión disponible del mundo. En consecuencia, Estados Unidos ha podido invertir mucho más de lo que ahorra”.

El modelo neoliberal se apoya en los siguientes postulados: 1) la economía sería un territorio separado y gobernado por leyes naturales y universales que los gobiernos no deben contrariar; 2) el mercado sería la mejor manera de organizar la producción y los intercambios de manera eficaz y justa en las sociedades democráticas, y 3) la globalización exigiría la reducción de los gastos estatales, sobre todo en el terreno de los derechos sociales, en materia de empleo y de seguridad social. Este modelo se universaliza al sostenerse en un Estado –el norteamericano- ya protomundial, que posee el potencial de erigirse en cabeza de una versión moderna de imperio universal, incluso de un imperio espontáneo cuyos miembros son voluntarios²¹. Pero, asociado al modelo neoliberal, a la pérdida de poder de los sindicatos y al desplazamiento de las relaciones de poder a favor de la clase empresarial, está la emergencia de una nueva política de relaciones laborales cuyo aspecto más relevante es la individualización de las relaciones laborales, al incorporar criterios de mercado al interior de la empresa, y ello bajo el paraguas de asegurar una mayor flexibilidad financiera y adaptabilidad en la utilización del trabajo, tanto en lo relativo al volumen de la actividad económica (con flexibilidad numérica) como respecto a la naturaleza de tal actividad (con flexibilidad funcional).

²¹ Pfaff (2002); Hardt y Negri (2002).

La respuesta a la pregunta que nos hacemos tiene que ver con la crisis del modelo keynesiano, y que se la vinculó a la coexistencia de paro e inflación que tuvo lugar a finales de la década de los años sesenta del siglo XX; además, también, tuvo que ver con el proceso continuado de globalización de la economía que vio en la eliminación de las trabas al comercio uno de los factores importantes del crecimiento económico. Por ello la idea de un mercado mundial unificado supuso cambios en la organización del empleo; cambios justificados en la consideración, a su vez, del mercado como único mecanismo de regulación autónomo de las relaciones entre agentes. Mecanismo en el que se apoyó la reorganización de la empresa y de la producción en la década de los setenta y ochenta del siglo XX, y que aceleró la crisis del modelo keynesiano. Crisis que se agudizó con el uso de una política monetaria restrictiva y que abocó a la vuelta a la lógica pre-keynesiana sobre la necesidad de ajustar los salarios a las condiciones reales de la producción.

La vuelta a la lógica pre-keynesiana dio lugar a la denominada deslegitimación del Estado del Bienestar, cuyas críticas proceden de frentes distintos: por un lado, aquellas que sostienen el fin del consenso keynesiano sobre la adopción de medidas más eficaces para remontar las fases depresivas de los ciclos económicos en las que el desempleo convive con la inflación; por otro, aquellas que sostienen que la intervención del Estado provoca efectos perversos alterando la percepción de remuneraciones y distorsionando las iniciativas e incentivos a buscar trabajo por parte de los desempleados. Para estos últimos no puede mantenerse un gasto social por encima de la capacidad de financiación del Estado al objeto de mantener ciertos niveles de bienestar. En último lugar, también, se hace referencia al proceso de globalización de las economías que hacen necesaria una mayor coordinación de las políticas económicas de todos los países y que afecta al equilibrio de fuerzas entre capital y trabajo subyacente en la estructura del Estado del Bienestar, contribuyendo a ponerlo en entredicho. En definitiva, con la crisis del modelo keynesiano se asistió, como Arrighi y Silver (2001) sostienen, a un cambio de proporciones gigantescas y sobre todo se concluyó una época histórica. Desde entonces la economía se ha confiado totalmente a la competencia entre una multitud de empresas y Estados, y se ha visto marcada hasta tal punto por la técnica, o mejor por la ciencia, que se la puede designar como economía técnico-

científica de competencia en el contexto del modo de desarrollo informacional²². Una economía con una visión de la sociedad firmemente individualista, desafiantemente liberal y entusiasmada con los últimos avances tecnológicos, especialmente los de computación en redes²³, y que inflamó el sector bursátil, cuya evolución traduce el Nasdaq. Una economía devorada por las finanzas y cuyas premisas fundamentales constituirían la denominada ideología del capital corporativo global.

En la economía técnico–científica de competencia que caracteriza el capitalismo informacional, la racionalidad del mercado se ha convertido en criterio universal para la organización, coordinación y evaluación de toda acción/decisión empresarial. Pero no únicamente de toda acción empresarial sino, también, de toda acción de gobierno ya que el mercado existe y puede existir solamente bajo ciertas condiciones políticas y legales que deben ser construidas por el gobierno²⁴. Entre estas condiciones, la fundamental es el establecimiento de una cultura empresarial que fomente el hecho de que tanto los individuos como las organizaciones funcionen como el capital mismo, a fin de garantizar que la competitividad y el juego empresarial se desarrollen en su máxima capacidad. Además, desde la ciencia económica convencional, se afirma que el mercado no es más que la orientación de los agentes del mercado a la propia ventaja inmediata, y el descuido ante las eventuales consecuencias que no son inmediatamente perceptibles. Orientación que implica que los agentes deben invertir de nuevo al mercado el capital ganado, de forma que se asegure que éste siga creciendo y proporcionando más ganancias, acorde con la lógica de la acumulación y la realización del valor. Lógica vertebradora de la exigencia de acumulación ilimitada de capital, mediante medios formalmente pacíficos, y que requiere la movilización constante de la fuerza de trabajo recurriendo, de cara a obtener una adhesión más o menos real de la fuerza de trabajo, a lo que Boltanski y Chiapello (2002) denominan espíritu del capitalismo, y que no es más que la ideología que justifica el compromiso con el capitalismo, ya que los individuos no pueden actuar sin dar a sus acciones un sentido y sin buscar justificaciones a su conducta. Sobre este particular, la nueva ideología del capitalismo pide a los asalariados y vende a sus clientes valores de gestión tales como autonomía, espontaneidad, movilidad, pluricompetencia, disponibilidad, creatividad, calidad...

²² Castells (2000).

²³ Winner (2001).

²⁴ Bourdieu (2001); De Lucas (2002).

Ideología en la que el mercado es un orden natural espontáneo que se autoorganiza, y en la que el individuo es representado como esencialmente propietario de su persona y de sus capacidades, y por los cuales nada debe a su sociedad²⁵. Ideología articulada por la racionalidad instrumental, y cuyo fin último es ampliar el dominio humano sobre la naturaleza y la sociedad. Racionalidad de la que se han apropiado los planificadores globales, los agentes corporativos, las élites globales y que no es un simple sistema de representación sino un conjunto práctico de esquemas orientados hacia la acción. Prácticas que comportan un desocialización del trabajo asalariado y una atomización metódica de los trabajadores²⁶. Prácticas legitimadas por el paradigma marginalista neoclásico de Walras-Pareto, y que conceptualiza los agentes económicos como agentes individuales que pueden tomar sus propias decisiones, y son capaces de realizar elecciones racionales en busca de la maximización de su propio interés. Con ello se minimiza la importancia de las decisiones inherentes a sujetos colectivos, clases sociales o instituciones, incluyendo entre ellas al Estado mismo, a causa de considerar que la forma más desarrollada de autonomía consiste en la independencia respecto a la trama de las relaciones sociales. Independencia que permite hacer abstracción de la posición que ocupan los individuos en el contexto de las relaciones sociales, y ello justificado por la idea de que la sociedad subyacente a los individuos es un síntoma de la opresión de los individuos. Individuos en los que la utilidad, que constituye el alfa y omega del mundo moderno, es el vínculo que rige sus relaciones. Individuo que se desprende de cosas que tienen menos utilidad para él para lograr otras que tienen mayor utilidad, y el motivo de esa relación es el incremento del placer²⁷.

1.3. La lógica de la acción colectiva

En esta investigación nos hacemos otra pregunta: considerar si detrás de las movilizaciones simbólicas de fines de 2001 hay una o varias lógicas de acción colectiva, teniendo en cuenta que, como señala Gusfield (1981), la acción colectiva no es un

²⁵ Hayek (1982).

²⁶ Bourdieu (2001).

²⁷ Bilbao (2002).

aspecto anómalo de la vida social, sino que forma parte de la modernidad, en tanto que los movimientos sociales constituyen auténticos analizadores de los procesos sociales y son fuente de innovación y creatividad en las instituciones sociales²⁸. Asumiendo esta consideración hay que preguntarse si realmente se dio en la Argentina de fines de 2001 una colectividad de individuos –un agente colectivo- unidos por una ideología y con la determinación de desafiar al orden neoliberal existente y fuera de los cauces institucionalizados de intermediación de intereses. Esta pregunta adquiere plenamente sentido dado que en la crisis económica, social, política e institucional de fines de 2001 se movilizan, protestan y manifiestan varios grupos de colectivos: piqueteros, ahorristas, vecinos, asambleístas.

En la Argentina de la década de los '90 la representación de los desempleados fue asumida por los “piqueteros”, movimientos populares en sus orígenes espontáneos que convocan al amplio espectro social de los excluidos. Las estadísticas publicadas muestran la magnitud de la protesta piqueteras durante la década de los '90: en 1997 se realizaron 140 cortes de ruta; 51, en 1998 y 252, en 1999. La profundización de la crisis económica y posiblemente también la coincidencia sobre la imposibilidad de modificar la política económica y social impulsaron el notable incremento de las interrupciones de tránsito; así, los 514 cortes del año 2000 pasaron a 1.282 en 2001 y 2.334 en 2002. A lo largo de la segunda mitad de la década del noventa se conformaron comisiones de desocupados en diferentes lugares y comenzó a plantearse la unidad de acción. Los ‘piqueteros’ demandaban alimentos y Planes Trabajar (Los Planes Trabajar son subsidios para desocupados de 120 a 160 pesos a cambio de unas horas diarias de tareas comunitarias), pero pronto ampliaron sus reclamos al establecimiento de subsidios de desocupación, al mantenimiento de los servicios de luz y de gas a los desocupados y jubilados y a la eximición del pago de impuestos. Incluso comenzó a discutirse sobre la necesidad de reclamar planes de empleo, ya que el trabajo permitía la (re)inclusión social de las clases más desposeídas. La extensión de la protesta favoreció el surgimiento y la organización de comisiones de desocupados, asambleas populares y organizaciones no gubernamentales; incluso el cuadro del movimiento piquetero se hizo cada vez más complejo. Las organizaciones de bases se multiplicaron: la Federación de Tierra y Vivienda, la Corriente Clasista y Combativa (CCC), el Movimiento de

²⁸ Lapassade (1973).

Trabajadores Desocupados Teresa Rodríguez (MTR), la Coordinadora Aníbal Verón, el Polo Obrero (PO) y el Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados (MIJP), surgido como una organización de jubilados en oposición a la destrucción del sistema previsional. Los desocupados se han organizado, debaten sobre los objetivos, las características y las formas de organización, y algunas agrupaciones han organizado comedores, merenderos, hornos de pan y huertas²⁹.

La anterior pregunta tiene, por de pronto, una respuesta ya que tal y como desarrollamos en el marco conceptual no hay una lógica de la acción colectiva sino que existen lógicas plurales, múltiples. Lógicas que hay que confirmar dentro de la heterogeneidad y fragmentación de grupos que se movilizaron en Argentina a fines del 2001, pues la movilización general más que tener una organización, fue el producto de la movilización de una pluralidad y variedad de grupos y organizaciones. La cuestión está en conocer si adoptaron diversas formas y contenidos a partir de su origen espontáneo. Hay que destacar, en este sentido, la apreciación de Callinicos (2003: 124-125) cuando argumenta que “las principales fuerzas políticas implicadas en la revuelta de diciembre de 2001 contra el neoliberalismo en Argentina fueron los parados y lo que de forma poco rigurosa se denomina ‘clase media’ (en su mayoría oficinistas y administrativos de posición acomodada). Las asambleas populares de vecinos utilizadas como forma principal de organización del levantamiento y de los movimientos de masas fueron ampliamente elogiadas como el principio de un nuevo tipo de democracia directa. Sin embargo no son cuerpos representativos, sino reuniones de activistas. En Argentina, la clase trabajadora organizada sigue estando dominada por las federaciones sindicales encabezadas por peronistas que, debido al compromiso nacionalista de sus dirigentes de aliarse con políticos del establishment como Eduardo Duhalde (él mismo peronista), a quien el levantamiento llevó al poder, estuvieron al margen del movimiento popular. Este estado de fragmentación (...) ha sido bien aceptado por los autonomistas (Negri, Hardt, Klein...) que lo ven como ‘la contradicción para la afirmación de una multiplicidad social’ (para el advenimiento de la multitud). Sin embargo, lo más probable es que conduzca a una situación en la que las asambleas populares, carentes del poder para lograr una transformación social fundamental, disminuyan el tamaño y queden aisladas, lo que permitiría a los neoliberales y a la

²⁹ Lobato y Suriano (2003).

derecha populista, e incluso a los militares, recuperar la iniciativa. Un movimiento anticapitalista que no se esfuerce por conseguir el apoyo de la mayoría de los trabajadores acabará en el fracaso”. Debido tal fracaso a la capacidad del sistema para fagocitar a sus oponentes antisistémicos. Es tal esta capacidad que hace poco pensables cambios importantes que no pasen por el cambio global³⁰.

Esta referencia de Callinicos explica muy bien la necesidad de relativizar en términos muy restringidos el carácter de las movilizaciones de fines del 2001, pues al referirnos a procesos políticos de lucha y cambio social, el tema de los actores sociales se recubre con el de los Movimientos Sociales, definidos como acciones colectivas con alguna estabilidad en el tiempo y algún nivel de organización, orientadas al cambio o la conservación de la sociedad o de alguna esfera de ella. De hecho “la idea de movimiento social tiende a oscilar entre dos polos teóricos. Uno es la visión de una acción colectiva que responde a las tensiones o contradicciones específicas y que se orienta a resolver esa contradicción específica. El otro es la visión del movimiento social como portador de un sentido de la historia y la encarnación y agente fundamental del cambio social. Ambos polos pueden ser vistos como dos dimensiones de los movimientos sociales. Por un lado, el Movimiento Social (mayúsculas, singular) orientado al nivel histórico-estructural de una determinada sociedad y definiendo su conflicto central. Por otro lado, movimientos sociales (plural, minúsculas), que son actores concretos que se mueven en los campos de los mundos de la vida, organizacional o institucional, orientados hacia metas específicas y con relaciones problemáticas, que se definen, en cada sociedad y momento, con el Movimiento Social central” (Garretón, 2001: 14).

Al analizar el proceso o los procesos sociales y políticos de fines de 2001 en Argentina, hay que tener en cuenta un rasgo estructural que explica el éxito de la movilización de fines del 2001, y es el siguiente: la historia de las repúblicas latinoamericanas –grandes y pequeñas- se caracteriza por haber adoptado el modelo de régimen político habitualmente llamado “presidencialista”, “en contraste no sólo con los regímenes parlamentarios típicamente europeos, sino también por la división de poderes estadounidense basada en un esquema de frenos y contrapesos. La típica república

³⁰ Tortosa (2001).

latinoamericana comporta una enorme concentración del poder en una institución unipersonal, la presidencia, a la cual las demás instituciones están subordinadas o en confrontación. El gobierno basado en la concentración del poder es pequeño, débil y conflictivo y, en sociedades radicalmente heterogéneas y económicamente muy desiguales, tiende a ser socialmente alienado, políticamente a la vez litigioso y vulnerable y, como consecuencia, altamente inestable” (Colomer, 2003: 15).

Este rasgo estructural explica que los sucesos argentinos de diciembre de 2001, fueran una insurrección sin autor, sin sujeto, una fiesta de los encuentros, los compromisos, la desarticulación, las resonancias y las redes difusas, y que pusieron en cuestión el pensamiento de la representación: “la relación misma de representación lo invade todo, a la vez que separa al máximo al representante del representado. Las categorías fundamentales de estas sociedades de la representación son las de ‘compromiso’, ‘opinión’, ‘articulación’, ‘redes explícitas’, ‘comunicación’ y ‘acuerdo’. Se tratan, todas de categorías de la separación del capitalismo. Son sociedades en las que domina la imagen, el fragmento, el consumo, el individuo. En ellas, la forma de enlace entre las personas se realiza por medio de la construcción de una imagen que nos muestra y hace aparecer ‘unido’ lo que continúa existiendo de manera ‘separada’, como dice Debord” (Colectivo Situaciones, 2003: 155). Lo característico de lo sucedido el 19 y 20 de diciembre es que no existió ninguna organización que convocara a salir a la calle y derribar un gobierno. Por curioso que parezca, señala Zibechi (2003: 216 y 218-219), “uno de los aspectos centrales, lo que considero un aporte de la sociedad argentina en movimiento, es la creación de formas de organización diferentes a las hegemónicas en la izquierda y los movimientos sociales, por lo menos en los países del Tercer Mundo”. Zibechi defiende “la idea de que una parte sustancial de los grupos que integran el movimiento social argentino funcionan de una manera similar a lo que Ilya Prigogine denomina estructuras disipadoras: asambleas horizontales que combinan la estabilidad de la organización con la fluidez del cambio. Son organizaciones que nadie ha formado y nadie ha convocado; son autoorganizaciones que se vinculan en múltiples direcciones, o sea sus relaciones no son lineales y se tejen en forma de red; mantienen un flujo constante con el entorno, son inestables, se regulan a sí mismas a través de un principio llamado de recursividad organizacional (como en el remolino, cada momento

es producido y es productor, rompe con la idea lineal de causa-efecto); en suma, son un tipo muy peculiar de organizaciones, en las que el orden surge de manera espontánea”³¹.

Sin embargo estas organizaciones responden a contradicciones objetivas que a nivel histórico-estructural se iniciaron en la dictadura militar de los años setenta. Organizaciones que continúan las formas de resistencia a la dictadura. Estas resistencias tuvieron un actor clave “en el movimiento de derechos humanos que, aunque no era nuevo –la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, por ejemplo, fue fundada en 1937, impulsada por el Partido Comunista-, adquiere una dimensión con la conformación de asociaciones por parte de los familiares de los afectados por la represión. Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo, se constituyen entre 1976 y 1977. La resistencia era una clara actitud defensiva y reactiva que se basaba en la defensa de un vínculo primario: el de la familia como base de la solidaridad y la acción colectiva. Marchas y movilizaciones fueron las formas de protesta cuyo objetivo era la denuncia de las violaciones de los derechos humanos y la consigna ‘Aparición con vida’ fue el elemento aglutinante de un movimiento heterogéneo, ya que a los familiares se fueron sumando otros actores” (Lobato y Suriano, 2003: 125-126).

Para responder a las anteriores preguntas, la investigación toma como objeto de estudio la acción colectiva de ahorristas, los cuales fundaron dos asociaciones: 1) la asociación de “Ahorristas Argentinos Bancarios Estafados”, y 2) la “Asociación de Ahorristas de la República Argentina”. Ahorristas que al ser confiscados sus ahorros salieron el 19 y 20 de diciembre de 2001 a la calle y marcharon a la Plaza de Mayo golpeando cacerolas. Desde entonces, “los ‘cacerolazos’ se repitieron cotidianamente, y el rostro de la protesta incluyó a ahorristas y deudores, bancarios y no bancarios. La ‘rebelión de las cacerolas’ desembocó en las asambleas populares de grupos de vecinos que se reunían para deliberar en plazas y esquinas de la ciudad de Buenos Aires así como en algunas del interior del país. Los asambleístas cuestionaban todo: los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, las formas de representación política y en algunos casos, hasta el comportamiento que los ciudadanos habían tenido hasta ese momento. Las asambleas se organizaron sobre la base del territorio barrial y rápidamente se

³¹ Véase, también, Bielsa et al (2002).

reunieron bajo un organismo coordinador, la Asamblea Interbarrial. Con la excepción de treinta y tres asambleas en Santa Fe y una decena en Córdoba, el fenómeno estuvo esencialmente limitado a Buenos Aires en donde se multiplicaron como hongos: durante el año 2002 funcionaron 112 en Capital Federal y 105 en localidades de la provincia de Buenos Aires, aunque actualmente, sólo un año después, es visible su decadencia” (Lobato y Suriano, 2003: 152).

En torno a los cacerolazos hay que plantearse si se puede hablar de existencia de una identidad común en el movimiento ahorrista, y si se dan transiciones entre este movimiento y el resto de movimientos, tanto en términos de composición personal -ahorristas que trabajan simultáneamente o sucesivamente en dos o más movimientos diferentes -como en términos de contenidos- temas que abordan dos o más movimientos desde perspectivas diferentes³². Por tanto es en este contexto tan particular, que nos proponemos la realización de este estudio de caso. El cual comienza con la selección de uno de los grupos protagonistas de este proceso, los “ahorristas”, quienes vieron “acorralados” sus depósitos en los bancos y salieron a reclamar: 1) la reivindicación del Estado de Derecho y derogación del decreto 214/02, 320/02; 2) el respeto a la propiedad privada, art. 17, art. 29 de la Constitución Nacional, y 3) la devolución del 100% de los ahorros depositados en las distintas entidades nacionales y extranjeras en su moneda de origen. A la vez que se opusieron a: 1) la pesificación y reprogramación compulsiva de sus ahorros, y 2) la devolución de los ahorros en dólares a la paridad ficticia de 1US\$ = \$ 1.4, entre otras medidas. Así, más allá de que la mayoría de los ahorristas que vieron sus ahorros “acorralados” estaban de acuerdo con estos reclamos, no todos salieron a reclamar, ni se agruparon, ¿Porqué algunos deciden actuar colectivamente? ¿Quiénes son esos agentes? ¿Cómo se organizan para la movilización? ¿Cómo viven el contexto de la crisis? ¿Cómo sienten el ser ahorristas? ¿Cómo configuran a sus interlocutores? ¿Quién es en realidad este grupo? ¿Qué ideología e intereses los mueve? ¿Es en realidad un agente colectivo? ¿Frente a quién protesta, quiénes son, en la crisis, los interlocutores de este agente colectivo? ¿A quién se reclama? ¿Porqué se reclama?

³² Riechmann y Fernández Buey (1994).

1.4. Objetivos e hipótesis principal de la investigación

El objetivo central y general de esta investigación es el siguiente: indagar qué voluntad de lucha manifiesta el “movimiento de ahorristas” y si constituye un movimiento social o más bien una demanda efectuada digamos por un grupo de presión o la voluntad de convertirse por medio de la movilización en grupo de presión. Precisamente esta duda nos lleva a indagar si este “movimiento” ha estado o esta organizado alrededor de una lógica de la acción colectiva en la que se defienden objetivos de reforma o transformación del orden sociopolítico y qué características socioestructurales poseen los individuos que se han movilizadado en contra del corralito. De dicho objetivo genérico se desprenden los siguientes específicos:

1) Mostrar si este movimiento está o estaba dotado de organización formal, en sus tácticas de protesta, y si estratégicamente buscaba soluciones no de mercado a problemas individuales y colectivos, lo que permitirá detectar sus definiciones y percepciones de la realidad Argentina a fines de 2001, y, en consecuencia, atender al proceso mediante el cual este movimiento impone una imagen de si mismo como “cargada de razón” (a la hora de definir una situación como problema de interés general, identificar causas y proponer alternativas) y como interlocutor representativo de los sectores afectados. Por ello, es preciso describir la estructura social, política y económica en la que surge este colectivo, con el fin de explicitar los medios materiales y sociales utilizados para la organización (formal e informal) del movimiento, y si se trata no, sólo de una nueva forma de hacer política, sino también, de una nueva forma de relaciones y de organización social, en un contexto en que las dictaduras de la seguridad nacional destruyeron de cuajo Movimientos Populares ya organizados y desalentaron la constitución de otros. No en vano se eliminó a cerca de ochenta mil militantes sociopolíticos en el Cono Sur entre 1964 y 1980. El régimen militar de 1976 cortó, por la vía de la represión, “toda posibilidad de expresión de intereses y demandas populares. No más organizaciones e instituciones legítimas, no más manifestaciones callejeras, no más huelgas y protestas, no más declaraciones o solicitadas en los medios de comunicación de masas. Entonces, ¿qué? La propuesta gubernamental era la búsqueda del orden y la disciplina a través de la privatización e individuación: cada uno, en el mercado, define su posición, sus prioridades, sus intereses. No más actores colectivos, acciones solidarias, identidades grupales. Durante un tiempo esto funcionó

con bastante éxito y eficacia. El miedo es un poderoso estímulo para la inacción pública. Pero después, poco a poco el panorama fue cambiando: primero las Madres en la plaza y la posterior ampliación del movimiento de derechos humanos, los jóvenes en los conciertos de rock, tímidas acciones colectivas en los barrios obreros y villas, alguna manifestación de mujeres, una que otra protesta que trasciende la fábrica o lugar de trabajo” (Jelin, 1987: 16).

Por otra parte hay que caracterizar las dimensiones simbólicas e identitarias del movimiento así como de si se trata de un Nuevo Movimiento Social, en el sentido de que, como afirma Offe (1988: 180-181), su autoidentificación no se refiere al código político establecido (izquierda/derecha, liberal o conservador, etc.), ni a los códigos socioeconómicos parcialmente correspondientes (tales como clase obrera/clase media, pobre/adinerado, población rural/urbana, etc.). Pero la insistencia “sobre la irrelevancia de códigos socioeconómicos (como la clase) y de códigos políticos (como las ideologías) que encontramos al nivel de la autoidentificación de los Nuevos Movimientos Sociales (y a menudo de sus oponentes), y que constituyen parte de su verdadera ‘novedad’ (y les distingue de los viejos movimientos sociales), no significa, sin embargo, en modo alguno que de hecho la base social y la práctica política de tales movimientos sean tan amorfas y heterogéneas en términos de clase y de ideología”. Refiriéndose a la base social de los Nuevos Movimientos, Offe (1988) comenta que se compone de los siguientes tres segmentos: 1) la nueva clase media; 2) elementos de la vieja clase media, y 3) una categoría de la población formada por gente al margen del mercado de trabajo o en una posición periférica respecto a él (tal como obreros en paro, estudiantes, amas de casa, jubilados, etc.).

Con caracterizar la composición socioestructural del movimiento ahorrista, lo que queremos es si se encuentran enraizados en segmentos importantes de la clase media. Una característica principal de esta clase es que, de acuerdo con Giddens (1985), no tiene “conciencia de clase”, sino que se “reconoce como clase”, es decir, que en contraste con la política usual de la clase obrera y también con la política de la vieja clase media, la política de la nueva clase media es típicamente una política de clase, pero no en nombre o en favor de una clase³³. Una política de clase que en términos de la

³³ Offe (1988).

percepción de los ahorristas tiene que ver más con una mera cuestión de valores y menos con un conflicto de intereses, de relaciones de poder y propiedad. En los sucesos de diciembre se formuló una consigna: “que se vayan todos”. Pero, como indica Lewkowicz (2002: 165-166), “para pensar sus efectos subjetivos no es necesario juzgarla o interpretarla. Es necesario ver en qué direcciones trabaja. Una consigna se declina según los dispositivos prácticos en los que opera. Es un enunciado que de por sí no significa nada, su sentido son las prácticas en que se efectúa. La consigna es una cosa en la asamblea, otra en el piquete, otra en la marcha, otra en la plaza, pues su sentido se altera según los distintos dispositivos en los que se enuncia. Tras la caída del Estado-nación, el único Estado que se insinúa como forma posible es el Estado técnico-administrativo. Desde la subjetivación cacerolera se exige –o al menos en negativo se lee– fin del Estado mafioso, advenimiento del servicio de gestión estatal: el Estado técnico-administrativo. La consigna ‘que se vayan todos’ significa: nueva forma de contrato de los consumidores con el Estado. No es un Contrato Social, es un contrato comercial de compra-venta de servicios- así, con minusculitas-”.

2) Caracterizar los diferentes enfoques acerca de los movimientos sociales posteriores a los años sesenta, y enmarcarlos en las teorías más amplias del conflicto social y la acción colectiva en la que se inscriben. De ahí que coincidiendo con los tres objetivos de la Sociología de los Movimientos Sociales planteados por Aguilar y Herreros (2001), en esta investigación se explorarán y presentarán las principales teorías acerca de los movimientos sociales y su herencia respecto a teorías más amplias del conflicto social y la acción colectiva, y con la finalidad de construir el concepto de movimiento social que articula y regula la investigación. El concepto movimiento social ha tenido y tiene una diversidad de acepciones. En la sociología contemporánea a habido numerosos intentos de acotar el extenso campo de fenómenos que suelen designarse con esa expresión y de elaborar una definición de esta clase de fenómenos colectivos³⁴. Estos intentos han sido motivados por el carácter polisémico de la expresión, y es que este concepto se ha empleado para designar fenómenos tan distintos como las modas, movilizaciones sociales de cierta duración, orientaciones culturales de carácter artístico o popular, y organizaciones políticas y sindicales. Laraña (1999) expone que desde hace algunos años, en la literatura especializada se viene planteando

³⁴ Casquette (1998); Laraña (1999); Neveu (2002).

la necesidad de precisar el significado de este concepto para poder aplicarlo correctamente y disponer de auténticas herramientas conceptuales, en lugar de proceder a partir de simple generalizaciones. Esto se refleja en un problema de indefinición en la investigación de los movimientos sociales contemporáneos, que para algunos constituye una de sus principales deficiencias. En suma, como sucede con otros conceptos sociológicos muy empleados, como los de clase social o de estratificación social, no hay un consenso sobre el significado y limitaciones del concepto, lo que hace necesario identificar la perspectiva desde la cual se interpreta un fenómeno y explicitar el significado del término antes de utilizarlos en la investigación de los hechos sociales.

El estudio sociológico de los movimientos sociales ha experimentado, pues, un notable desarrollo y ha adquirido una singular importancia en la sociología contemporánea, particularmente desde los años sesenta, constituyéndose así como sector autónomo en investigaciones y teorizaciones en ciencias sociales³⁵. Hecho que puede apreciarse en la importante cantidad de libros y artículos³⁶ que se vienen publicando en distintas lenguas sobre esta temática, al mismo tiempo la relevancia de este campo se manifiesta en que se ha convertido en una fuente de referencias empíricas en el trabajo realizado desde otros ámbitos, como la teoría política, la psicología social y la antropología cultural. La consolidación de la sociología de los movimientos sociales se debe a que, “a lo largo de los últimos años la investigación ha conseguido superar algunas de las herencias del pasado que convertían a los movimientos sociales más en objetos de controversia ideológica que científica y, asimismo, ha aportado conocimiento detallado e instrumentos de análisis apropiados para abordar los fenómenos colectivos. Al mismo tiempo dicha institucionalización ha transformado el estudio de los movimientos, en el sentido de que ha pasado de ser un territorio fronterizo del análisis sociológico a ser un sector consolidado de la vida académica, con todos los fenómenos conocidos que tienden a transformar un tema de investigación en una industria cultural” (Melucci, 1998: 13). En sintonía con Melucci, Laraña (1995: 113 y 119-120) plantea que “los movimientos sociales presentan las dos características específicas de los hechos sociales, externalidad y coerción, en el sentido en que Durkheim los definió; ello constituye una de las razones que explican su actual importancia para la sociología y el desarrollo que ha experimentado este campo en las últimas décadas”. Y añade que “los

³⁵ Laraña (1999); Neveu (2002); Casquette (1998); Robles (2002).

³⁶ Véase bibliografía.

movimientos pueden verse como estructuras emergentes y fluidas que no son equivalentes a la suma de sus elementos, sino que tienen características propias. Pero ese supuesto se amplía hacia abajo si el analista desciende al plano de la micromovilización e investiga aspectos que nos permiten entender mejor cómo surgen y se modifican estas formas de acción colectiva. Esto último ilustra de nuevo la relación que existe entre la sociología de los movimientos y uno de los argumentos más influyentes para el surgimiento de la sociología como ciencia autónoma, que planteó Durkheim hace más de cien años. La ideología de un movimiento no equivale a la suma de las ideologías de sus seguidores, ni su estrategia es producto de la adición de las acciones individuales de éstos”.

Para superar una posible formulación teórica cargada de ideología, Aguilar y Herreros (2001) proponen una serie de principios que han de tenerse en cuenta para el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales. Sugieren que una sociología de los movimientos sociales, merecedora de ese nombre y madura, debería satisfacer al menos tres objetivos: I) ubicar la teorización de los movimientos en una teoría más amplia del conflicto social y la acción colectiva; II) revisar meticulosamente los diferentes enfoques y escuelas sociológicas de estudio de los movimientos sociales, no para enfrentarlos necesariamente entre sí, sino para presentar los elementos más sobresalientes de cada enfoque que hayan probado su validez como guía para la investigación y, complementariamente, perfilando ciertas convergencias entre ellos que permitan el estudio de casos empíricos sobre bases teóricas reforzadas, y III) situar las diversas oleadas de los movimientos sociales observables en la historia en lo que se conoce como ciclos de protesta, dado que, en cada época histórica, las protestas que emanan de los movimientos tienden a compartir lógicas circunscriptas y a generar pautas de acción y efectos sociales relativamente homogéneos, un objetivo que convierte en ineludible la articulación de la sociología con la historiografía social y política.

Por tanto el estudio de la acción colectiva no puede situarse al margen de la historia, de la política y la propia realidad socioestructural, pues, como indican Riechmann y Fernández Buey (1994: 50), “al menos en una fase inicial los movimientos sociales suelen estar impulsados por grupos de individuos socioestructuralmente definidos (clases sociales, segmentos de esas clases, minorías

étnicas, comunidades lingüísticas, etc.), aunque siempre intentan movilizar a círculos sociales más amplios (los afectados real o potencialmente por el problema que tematiza el movimiento, como mínimo). Una de las formas más seguras de adquirir conocimiento sobre un Movimiento Social es precisamente mediante la identificación socioestructural del núcleo de sus activistas en la fase fundacional del movimiento”. Además, en toda acción colectiva, desde las relaciones de mercado a los grupos de interés, los movimientos de protesta, las rebeliones campesinas y las revoluciones, las formas de acción asociadas a los movimientos sociales son históricas y sociológicamente distintivas. Puede decirse que la acción social en la modernidad emergió como objeto específico de conocimiento y proporcionó a los agentes la necesidad de conocer racionalmente la acción social. Como objeto de conocimiento “lo social” hay que considerarlo no como algo natural sino como algo histórico, por tanto, como producible y reproducible según modalidades culturales de tipo histórico. La sociedad es una forma de “lo social” situada en el aquí y ahora, y que se realiza mediante procesos que analítica y empíricamente están contenidos en la noción de cambio social³⁷, y que al estudiar éste tenemos que considerar las divisiones sociales existentes entre los individuos y los grupos dentro de la sociedad. Pues bien, una vez definidos los objetivos de la investigación, y ateniéndonos a las divisiones sociales de la sociedad argentina, la hipótesis central de la investigación es que la posición social (de clase) de los ahorristas acorralados por el corralito financiero explica las características del “movimiento de ahorristas” y sus tomas de posición frente a la crisis argentina.

³⁷ Touraine (1978; 1995; 1997) hace referencia a este proceso mediante el concepto de historicidad. El cual se define como el trabajo realizado sobre el trabajo, como la acción de transformación de la sociedad llevada a cabo por ella misma. Al conjunto de modelos culturales por los que una sociedad produce sus normas en los dominios de conocimiento, de la producción y de la moral.

II. MARCO TEÓRICO DE LA INVESTIGACIÓN

Explicar el “movimiento de ahorristas” implica tener un marco teórico, un sentido de la realidad de los movimientos sociales. Movimientos que surgen precisamente con la propia modernidad, son productores y producto de esa misma modernidad³⁸. Es precisamente la conciencia de que los movimientos sociales tienen una relevancia en la modernidad lo que convierte su estudio en un medio de diagnóstico de ésta y de su devenir. Sin embargo, la cuestión acerca de su conceptualización no está cerrada, por lo que debemos desarrollar los que han sido interpretados. Esto es lo que a lo largo de este capítulo vamos a efectuar.

2.1. Definiciones de movimiento social: una primera aproximación

Al igual que sucede con otros conceptos sociológicos, la diversidad de usos del concepto de movimiento social requiere indicar el enfoque desde el que se formula cada definición³⁹. Es necesario, por tanto, hacer una revisión sobre las diferentes teorías heredadas (apartado 2.2) para dilucidar cómo definen el dominio de la acción colectiva y los movimientos sociales ya que “desde hace algunos años, en la literatura especializada, se viene planteando la necesidad de precisar el significado de este concepto para poder aplicarlo correctamente y disponer de auténticas herramientas conceptuales, en lugar de proceder a partir de simples generalizaciones empíricas (...) Esto último ha generado un problema de indefinición en la investigación de los movimientos sociales contemporáneos (...) que constituye una de sus principales deficiencias” (Laraña, 1999: 14).

Por de pronto en la literatura se afirma rotundamente que las definiciones heredadas están en crisis al no poder dar cuenta de las demandas de explicación de los Nuevos Movimientos Sociales tal y como los entendemos hoy. Crisis a causa, se afirma de manera bastante generalizada, de factores estructurales tales como el acceso masivo a

³⁸ Roman y Ferri (2002).

³⁹ Laraña y Gusfield (1994).